

Claudio MAGRIS, *Lei dunque capirà*, Milano, Garzanti, 2006, 55 pp.

El relato *Lei dunque capirà* (2006) de Claudio Magris ha llegado a las librerías italianas apenas un año después de la publicación de *Alla cieca* (2005). Algo que tal vez ha contribuido a que el diminuto volumen quedara eclipsado ante la mole y fuerza narrativa de la precedente novela, y a que pasara, por tanto, desapercibido incluso para aquellos lectores que siguen con fidelidad las varias entregas del escritor triestino. Sin duda, el tiempo terminará poniendo arreglo a esta distracción y se hará así justicia a un texto que, hasta la fecha, ha pasado como de puntillas por la escena literaria italiana.

El aparente *divertimento* de Magris nos brinda una versión actualizada del mito helénico de Orfeo, quien en esta reelaboración se encarna en un prestigioso compositor de canciones que se conocen en todo el mundo y al que atormenta el dolor por la muerte de su esposa. Algo que se nos refiere a lo largo de un monólogo que la singular Eurídice teje con amargura y desencanto, si bien compensado todo ello con dosis justas de ironía. El destinatario es el misterioso Presidente del centro en el que se encuentra recluida y al que se siente obligada a agradecerle personalmente que hubiera concedido a su marido el permiso excepcional que habría hecho posible el reencuentro de ambos cónyuges.

Le mueve sobre todo el deseo de justificar el motivo por el cual ella ha decidido, en cambio, renunciar inesperadamente a tal reencuentro, pese a la laboriosa burocracia a la que debió someterse su marido para lograrlo y a la tenacidad con la que presentó instancia de apelación al negativo dictamen inicial. Es una decisión que la autora del monólogo ha tomado en el último instante, cuando ya estaba a punto de dejar a sus espaldas los límites del recinto asfixiante, tras abrirse paso con dificultad por entre una multitud de sombras que pasan fugaces por los interminables pasillos y vastos salones del edificio de la Fundación, descendiendo luego por ascensores que se precipitan hasta la planta baja, antes de trasponer la última puerta en la que montan guardia los cancerberos electrónicos que mantienen alejados a los intrusos. Una decisión inesperada que el Presidente, al que supone comprensivo (por más que nunca haya llegado a ver ni siquiera su rostro), sabrá sin duda entender.

La suya es por lo demás una decisión que cabe interpretar como un último y generoso acto de amor, pues Eurídice intuye a tiempo que Orfeo antes o después hubiera querido conocer cuanto se esconde tras aquella puerta que el reglamento del centro impide que los vivos puedan franquear. Su única justificación es la de haber querido preservarlo del dolor y del desengaño. Así pues, su sacrificio equivale a una mentira piadosa con la que conseguirá tal vez mantener en pie falsas esperanzas fundadas en aquel más allá, alimentando el sueño de una recompensa futura, tras haber cargado con una vida terrena a la que no acierta a dar sentido.

La novela se ha publicada al cumplirse diez años de la muerte de Marisa Madieri (1938-1996), por lo que resulta inevitable considerar esta bella fabulación como un homenaje póstumo y sereno a la célebre escritora de origen istriano a la que Magris

estuvo ligado durante treinta y dos años de matrimonio. Cinco de los cuales en lucha contra un cáncer devastador, tal como reconstruye Magris en un texto poco divulgado que se ha incluido en la última recopilación de artículos recién publicada en Italia (“Come dire la verità” [2005], en *La storia non è finita*, Milano, Garzanti, 2006, pp. 94-100). Al juego de paralelismos que vinculan los motivos narrativos a las vicisitudes personales, contribuyen las alusiones reiteradas a la enfermedad letal que se llevó también consigo a la protagonista del relato de *Lei dunque capirà*, con una virulencia mayor de la que hubiera podido desencadenar la mordedura de la más ponzoñosa de las serpientes, tal como Eurídice describe con locución comparativa la infección que la ha condenado al reino de ultratumba.

El mito órfico afloraba asimismo en la precedente obra, *Alla cieca*, en la que la desventura de Eurídice se emparejaba al desarrollo de la leyenda del Vello de Oro. Así como también la evocación de Marisa Madieri vivificaba allí al polimórfico personaje femenino central cuya identidad quedaba enmascarada por una multiplicidad de heterónimos (María, Marija, Mariza, Medea, Norah, etc.), y que con su sacrificio personal, como si de una eterna víctima propiciatoria se tratara, ha redimido una y otra vez al compañero, dándole generosamente la posibilidad de continuar viviendo a cambio de la propia muerte. De todo ello Cippico-Jorgensen, a quien se atribuye el monólogo delirante que ocupa más de trescientas páginas, había tomado conciencia. Lo que generaba en él sentimientos de culpabilidad que lo atormentaban en el transcurso de la condena a un tiempo circular al que no se vislumbraba un final. Allí la mujer se materializaba asimismo en la figura antropomórfica del mascarón de proa, la cual se erigía en cifra de quien vislumbra por vez primera la tempestad que aguarda en el horizonte.

En *Lei dunque capirà* hay referencias ocultas a la novela *Alla cieca*, lo que comporta consideraciones de carácter metaliterario. En las páginas finales, cuando el lector intuye ya el motivo real por el que la protagonista ha provocado de manera premeditada el gesto de su compañero (gritando desde el interior del recinto su nombre y provocando la mirada que la condenará para siempre al reino de la muerte), se pregunta con curiosidad Eurídice sobre el destino de aquella canción incompleta que ni siquiera había llegado a tomar forma cuando la enfermedad le arrebató la vida: “Quella [canzone incompiuta] era tutto, diceva [lui]; cantarla e poi deporre la lira non più necessaria, una volta spalancate col canto le porte oscure e svelato il segreto” (p. 46). La consecución de una novela total fue el objetivo que guió en efecto la escritura febril de *Alla cieca*, cuyo largo proceso de redacción empezó en 1988 y concluyó apenas en diciembre de 2004. En ella Magris quiso tejer su visión existencial, profunda, desilusionada, amarga y esperanzada: “Il mio canto”, cuenta Eurídice en su monólogo evocando en estilo directo las palabras de Orfeo, “deve dire le cose, la verità, ciò che tiene unito o disgrega il mondo, costi quello che costi. Anche la vita [...] oppure ammutolire, che per me sarebbe peggio che morire” (p. 47). Unas palabras que Eurídice recuerda de repente, cuando está por franquear el umbral del reino de ultratumba, y que le imponen la renuncia generosa.

*Alla cieca* y *Lei dunque capirà* son dos obras de distinto calibre, pero que se complementan. Comparten numerosos elementos formales y, sobre todo, una misma

cosmovisión. Las distancia el intimismo del sintético relato; algo que hace que a menudo el lector se asome a las páginas de *Lei dunque capirà* con rubor, como quien lee por distracción una carta que no le estaba destinada.

Jordi CANALS